

CELEBRACION DE LAS EXEQUIAS

(ESQUEMA PARA LA CELEBRACIÓN
EN LA IGLESIA)

PEDRO FARNES

NOTAS PREVIAS

1. Las exequias constituyen una celebración especialmente importante y significativa, tanto para las comunidades parroquiales como para los monasterios y casas religiosas e incluso para cada una de las familias cristianas. La importancia que tiene esta celebración, *singularmente en nuestros días*, ha sido subrayada tanto por el Vaticano II (Sacr. Conc. 81-82) como más recientemente por el Catecismo de la Iglesia Católica (1680-1690).
2. La singular significatividad del entierro cristiano se desprende del hecho de que la muerte constituye el punto culminante de la vida del cristiano; las exequias celebran en realidad la última manifestación de lo que el cristiano creyó y esperó durante toda su vida y constituyen la participación personal definitiva del bautizado en la pascua de Jesús muerto y sepultado. Los ritos exequiales tienen, por lo tanto, la finalidad hacer vivir y manifestar la identidad más propia de la religión cristiana, toda ella centrada en la victoria de Cristo sobre la muerte, victoria de la que participan de modo muy singular los bautizados (1 Co 15, 24).
3. Conviene, pues, poner todo el interés posible en que la celebración de las exequias, incluso cuando se trata de circunstancias especialmente difíciles (asambleas de fieles poco practicantes, ministros que deben realizar numerosos

entierros, etc.) alcance su mayor y más clara expresividad. Un cuidado especial será necesario cuando se trate de una asamblea mayormente compuesta por fieles que frecuentan poco la Iglesia. Este esfuerzo lo exige la misma naturaleza del oficio pastoral y la obligación que tienen los ministros de la Iglesia de evangelizar a los alejados y consolar a los que lloran (Cf. Ord. Exsq., Praenot, 18).

4. La urgencia de celebrar expresivamente las exequias es mayor aún si cabe si se tiene presente que para muchos de los participantes esta celebración es uno de los pocos actos que los pone en contacto con la Iglesia (y concretamente con la *Iglesia en oración*). Con frecuencia muchos fieles, especialmente los más alejados de la Iglesia, quedan más impactados contemplando y escuchando con que gestos y con que palabras actúa y ora la Iglesia ante la muerte que con muchas explicaciones y exhortaciones dirigidas únicamente a convencer la inteligencia.
5. No puede olvidarse tampoco que, cuando se trata del entierro de un religioso, de un ministro ordenado o de un fiel especialmente comprometido con la vida eclesial, el entierro debe significar con claridad ante todos los participantes cual fue el ideal y el término de cuanto el difunto buscaba en su entrega radical al Señor.
6. Todo ello debe ser acicate para preparar con esmero e interés -según los diversos casos y posibilidades que pueden ir desde las frecuentes celebraciones exequiales de la grandes parroquias y tanatorios hasta los entierros de un monasterio o la celebración de la muerte del propio Obispo o párroco- toda celebración exequial. Conviene, pues, leer con atención y poner en práctica las ricas *Orientaciones doctrinales y pastorales* que encabezan la 2ª edición del *Ritual de exequias* (especialmente los nn. 29-53).
7. El esquema que ofrecemos a continuación no pretende suplir el *Ritual de exequias* sino únicamente poner en manos de los ministros -sobre todo de aquellos que han de repetir con frecuencia y a veces con un tiempo muy limitado los ritos exequiales- un instrumento que les facilite realizar mejor los gestos litúrgicos y seleccionar con más acierto los textos más significativos de entre los muchos que figuran en el ritual.
8. Los textos eucológicos que figuran a continuación reproducen la versión castellana del *Ordo exsequiarum* aprobada por la Conferencia Episcopal española y confirmada por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos.
9. Este esquema, preparado especialmente en vistas a las exequias para las que se dispone de poco tiempo, puede ser útil también para orientar las

celebraciones para las que se dispone de más amplias posibilidades. El subrayado de los elementos más significativos que figuran en este esquema ayudará a descubrir cuál es la dinámica del rito y cuáles los gestos y textos más centrales o, por el contrario, los que, por ser menos importantes, deben quedar menos subrayados.

10. De acuerdo con el Vaticano II (Sacr. Conc. 81) la liturgia de las exequias debe expresar sobre todo como el cristiano por la muerte participa del misterio pascual de Cristo muerto, sepultado y resucitado. Los elementos mayores de esta expresividad son los dos salmos *pascuales* 113 y 117. El salmo 113 presenta la salida de este mundo como un nuevo éxodo (Cuando Israel *salió de Egipto*); el salmo 117, la muerte del cristiano como inicio de su victoria sobre la muerte (No he de *morir, viviré*). Estos dos salmos -o por lo menos la alusión a ellos- son por lo tanto los elementos mayores de la celebración, y por ello nunca deberían omitirse, ni tan sólo en el caso de una celebración muy breve. Junto a estos dos salmos, siempre que resulte posible, debería celebrarse también ante el cuerpo del difunto y como gesto mayor la Eucaristía en la que se hace «presente el *triunfo de la muerte del Señor* (Conc. Trid., sess 23, c. 5).
11. En vistas a que el pueblo vaya adquiriendo la vivencia del sentido de la muerte cristiana es pedagógicamente importante que los ritos exequiales tengan una cierta estabilidad por lo menos con referencia a algunos de los textos más significativos y a los gestos litúrgicos más fundamentales. Únicamente si unos mismos textos y unos mismos ritos se repiten frecuentemente llegarán a grabarse en la mente de los fieles y se convertirán en *las palabras de la Iglesia sobre la muerte*. Si por el contrario la celebración exequial varía excesivamente de un lugar a otro o de una comunidad a otra los fieles tenderán a considerar el conjunto de la celebración más como un rito o *devoción del celebrante* que como la celebración de la Iglesia ante la muerte.

LITURGIA EXEQUIAL

Las exequias constan fundamentalmente de tres partes que, para manifestar mejor el dinamismo propio de la celebración, conviene celebrar siempre en *tres lugares distintos*, incluso cuando el rito se celebre enteramente en el interior de la iglesia. Estas tres partes son: a) recepción del cuerpo del difunto; b) celebración de la palabra (y de la eucaristía); c) última recomendación del cuerpo y despedida. Los tres lugares donde se realizan estas tres acciones pueden variar según las posibilidades de cada comunidad: 1) casa del difunto, 2) iglesia, 3) cementerio; o bien: 1) atrio de

la iglesia; 2) presbiterio; 3) lugar donde se ha colocado el féretro; pero conviene respetar siempre estos espacios celebrativos como lugares *distintos*.

I. RECEPCION DEL CUERPO DEL DIFUNTO

1. Una vez que los fieles están congregados en la iglesia, el celebrante va a la puerta del edificio a recibir el cuerpo y los familiares que lo acompañan. Allí saluda brevemente a los familiares con estas o parecidas palabras muy breves:

Queridos familiares [y amigos]: En este momento de dolor en que os ha sumido la muerte de N., con quien habéis convivido largos años y a quien tanto amabais, la Iglesia os recibe y todos los fieles congregados en esta iglesia *quieren* reanimar y fortalecer vuestra esperanza. *Confiad en Dios, que él os ayudará; esperad en él, y os allanará el camino.* (Cf. Si 2,6; Mt 11,28).

En este momento de la acogida es mejor no asperger el cuerpo del difunto, para subrayar con mayor fuerza el significado de la aspersión de la última despedida (Orientaciones del episcopado, n.44).

2. Al llegar el cuerpo ante el altar el celebrante -o un lector- situado cerca del féretro puede recitar el salmo 113 A, o al menos la siguiente letanía que hace alusión a este salmo exequial.

Tú que liberaste a tu pueblo de la esclavitud de Egipto
R/ Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que diste a tu pueblo un país que mana leche y miel
R/ Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

Tú que en la resurrección y ascensión de Jesucristo has querido darnos la prenda de nuestra entrada en la verdadera y definitiva tierra de promisión
R/ Recibe a tu siervo (sierva) en el paraíso.

3. El celebrante, si lo cree oportuno, puede concluir la letanía rezando cerca del féretro esta antigua oración del sacramentario Gelasiano:

Oremos:

Recibe, Señor, a tu siervo (sierva) N.,
que, salido (salida) del Egipto de este mundo,
llega ahora a tu presencia;
reconócelo (reconócela), Señor, como criatura tuya,
e introdúcelo (introdúcela) en la verdadera tierra de
promisión,
y no te acuerdes más de sus culpas pasadas,
pues, aunque haya pecado,
jamás negó ni al Padre ni al Hijo ni al Espíritu Santo,
y te adoró fielmente a ti,
Creador del cielo y de la tierra.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

II. CELEBRACION DE LA PALABRA (Y DE LA EUCARISTIA)

4. Colocado el difunto ante el altar el celebrante puede encender cerca del cuerpo el cirio pascual diciendo:

Junto al cuerpo, ahora sin vida,
de nuestro hermano (nuestra hermana) N.,
encendemos, oh Cristo Jesús, esta llama,
símbolo de tu cuerpo glorioso y resucitado;
que el resplandor de esta luz ilumine nuestras tinieblas
y alumbre nuestro camino de esperanza,
hasta que lleguemos a ti, oh Claridad eterna,
que vives y reinas inmortal y glorioso,
por los siglos de los siglos.

El pueblo puede responder *Amén* o bien cantar ¡Oh luz gozosa!

5. Seguidamente el celebrante va a la sede donde, omitido, aunque haya misa, el acto penitencial y el *Señor, ten piedad* (Ritual n.5), dice una de las siguiente colectas o alguna de las que figuran en el misal o en el ritual.

Oremos:

Te encomendamos, Señor,
a nuestro hermano (nuestra hermana) N.,
a quien en esta vida mortal
rodeaste con tu amor infinito;
concédele ahora que, libre de todos los males,
participe en el descanso eterno.
Y, ya que este primer mundo acabó para él (ella),
admítelo (admítela) en tu paraíso,
donde no hay ni llanto ni luto ni dolor,
sino paz y alegría eternas.
Por nuestro Señor Jesucristo.

o bien:

Señor Dios,
ante quien viven los que están destinados a la muerte
y para quien nuestros cuerpos, al morir, no perecen,
sino que se transforman y adquieren una vida mejor,
te pedimos humildemente que acojas
el alma de tu siervo (sierva) N.
y la coloques junto a nuestro padre Abrahán, tu amigo,
para que pueda resucitar con gloria
en el día grande del juicio;
y, si en algo pecó contra ti durante esta vida,
que tu amor misericordioso
lo (la) purifique y lo (la) perdone.
Por nuestro Señor Jesucristo.

6. Seguidamente la misa (o la celebración de la palabra) continúa como de costumbre.

III. ULTIMA RECOMENDACION Y DESPEDIDA

7. Dicha la oración de después de la comunión (o acabada la oración de los fieles si no se ha celebrado la misa) el celebrante se coloca cerca del cuerpo y dice:

Dispongámonos a dar nuestro último adiós al hermano querido (a la hermana querida) N. Este momento triste debe ser también, para los que creemos en Jesús, un momento de esperanza firme; el ser querido que va a desaparecer de vuestros ojos en la tierra esperamos volverlo a encontrar, transformado, cuando Dios, al fin de los tiempos, nos reúna de nuevo a todos en su reino. Con esta esperanza, oremos unos momentos en silencio por él (ella).

8. Después de un breve silencio de oración el celebrante asperge significativa y abundantemente el cuerpo con agua bendita en recuerdo del bautismo.
9. Terminada la aspersión -a no ser que durante la misma se pueda entonar un canto *verdaderamente apropiado* o se disponga de un lector que dirija la letanía- el celebrante puede recitar las siguientes plegarias:

Que nuestro hermano (nuestra hermana) N. viva eternamente en la paz cerca de Ti.

R/ Te lo pedimos, Señor.

Que participe por siempre contigo de la felicidad de los santos.

R/ Te lo pedimos, Señor.

Oh Cristo, acógelo (acógela) en tu reino junto con todos aquellos que él (ella) amaba.

R/ Te lo pedimos, Señor.

Después de las precedentes letanias (o de la aspersión si se omiten las letanias) el celebrante añade:

Oremos:

A tus manos, Padre de bondad,
encomendamos el alma
de nuestro hermano (nuestra hermana),
con la firme esperanza
de que resucitará en el último día,
con todos los que han muerto en Cristo.
Dios de misericordia,
acoge las oraciones que te presentamos
por este hermano nuestro (esta hermana nuestra)
que acaba de dejarnos
y ábrele las puertas de tu mansión.
Y a sus familiares y amigos,
y a todos nosotros,
los que hemos quedado en este mundo,
concédenos saber consolarnos con palabras de fe,
hasta que también nos llegue el momento
de volver a reunirnos con él (ella),
junto a ti, en el gozo de tu reino eterno.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

10. Después el celebrante acompaña el cuerpo hasta la puerta de la iglesia. Allí despidе el féretro recitando el salmo pascual 117 o al menos esta breve glosa:

Abrele las puertas del triunfo,
y que entre para dar gracias al Señor.

No ha de morir, vivirá
porque el Señor ha venido a salvarlo.

11. Colocado el cuerpo en el carro mortuario, el celebrante puede añadir:

V/. Dale, Señor, el descanso eterno.
R/. Y brille para él (ella) la luz perpétua.

V/. Que su alma y las almas de todos los fieles difuntos
descansen en paz.
R/. Amén.